



Más allá de *The Crown*

Carlos Humberto Cascante Segura (*)
para CAMPUS
carlos.cascante.segura@una.cr

El éxito mediático de la serie de *The Crown*, los escándalos vinculados con la salida de Megan Markle y su esposo el príncipe Harry del entorno de la familia real, así como la reciente muerte de Felipe duque de Edinburgo, príncipe consorte de la reina Isabel II, podrían hacernos pensar que las familias reales y los sistemas monárquicos son un objeto de la prensa de espectáculos y que sobreviven para atraer turistas.

Si bien esas percepciones iniciales tienen un claro asidero en la realidad, lo cierto es que no permiten establecer un análisis más meditado y sereno de las formas políticas que se encuentran tras esa parafernalia que se encuentra claramente vinculada con la familia Windsor o los Borbón en España y sus estrategias de sobrevivencia política. De tal forma este artículo intentará escapar primero a la pompa y circunstancia de la familia real británica, para luego retornar a ella y demostrar cómo, en algunos casos, está puede tener relevancia en los ajeteos políticos internacionales.

Las monarquías contemporáneas, algo más que Europa

Tradicionalmente, cuando nos referimos a monarquías como sistema político nuestro pensamiento se vincula con las formas de absolutismo monárquico europeo, basado en el derecho divino de los reyes y en la conformación de los actuales estados. Este modelo se consolida en los siglos XV, XVI y comienza a debilitarse y a declinar muy lentamente tras la revolución inglesa en el siglo XVII hasta su transformación y, en algunos países, su eliminación en el siglo XX. Sin embargo, este recorrido es incompleto y responde solo a la historia del mundo atlántico, sin detenerse a pensar que este modelo es empleado en otros países del mundo.

En la actualidad existen 44 países que se manejan bajo un sistema monárquico, dentro de los cuales pueden establecerse tres tipos de monarquías. Las monarquías constitucionales parlamentarias en que el monarca ejerce funciones simbólicas, pero se encuentra ajeno del manejo del orden político administrativo (por ejemplo, Reino Unido, España, Suecia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Países Bajos o Japón); las monarquías constitucionales parlamentarias en que el rey aún ejerce funciones políticas dentro del Estado



Un análisis más sereno de las formas políticas que se encuentran tras la parafernalia de la familia Windsor permite comprender que estas monarquías se han transformado en instrumentos privilegiados de la diplomacia dirigida hacia a la opinión pública internacional.

(tal es el caso de Marruecos, Jordania, Bahrein, Qatar o Tonga) y, por último, aquellos países donde la monarquía sigue siendo absoluta, tanto por la ausencia de una constitución como por razones políticas (entre esos casos pueden enumerarse a Arabia Saudita, Omán, Brunei—aunque hay debates entorno a esa condición—y el Vaticano si se clasifica como monarquía).

Desde esta clasificación, resulta indispensable establecer que cada uno de estos sistemas tiene una historia propia. Así, mientras las actuales monarquías europeas fueron el fruto de la evolución del continente y las disputas políticas de este, las monarquías del resto del mundo fueron condicionadas por los procesos imperialistas y de colonización de las potencias europeas, especialmente, las de los siglos XVIII y XIX. De forma que, muchas de las actuales dinastías del Medio Oriente y el Asia-Pacífico fueron el resultado de los mecanismos de control indirecto de las potencias occidentales para obtener ventajas económicas de dichas sociedades.

En la medida que algunas de estas dinastías lograron establecer su predominio

interno, no solo basadas en el apoyo occidental, sino también en establecer su posición frente a los grandes mercados de los hidrocarburos en el siglo XX, se les hizo más fácil mantener su poder interno a partir de un mayor potencial económico y de desarrollar espacios más amplios de maniobra en su relación con las potencias occidentales, gracias a su importancia geopolítica. Precisamente, de este balance en su capacidad para manejar estas relaciones y los métodos para contrarrestar las protestas internas. Este balance permite comprender cómo algunas de estas casas reinantes desarrollaron algunos avances considerados relevantes por los ciudadanos de democracias occidentales (derechos de igualdad de género, sistemas democráticos activos, alguna apertura a la libertad de expresión); mientras que dentro de otras se mantienen férreos controles sobre su población. Dentro de las primeras se encuentran aquellas que dependían más de la protección occidental para sobrevivir y tuvieron que “occidentalizar” su política interna, para responder a los cambios de sus sociedades (Jordania y Marruecos). Dentro de las segundas, aquellas cuyos recursos y posición geográfica garantizan

el respeto occidental y pudieron mantener formas menos democráticas de gobierno, más allá de las posibles críticas existentes (Arabia Saudita y Omán).

El valor de las funciones simbólicas de las dinastías en las monarquías parlamentarias

En las democracias europeas que aún cuentan con monarquías existen, en algunos casos, acalorados debates sobre su continuidad, tal es el caso español, matizado por los conflictos regionales de ese país. Sin embargo, existe un apoyo relativamente fuerte en sus respectivas sociedades a la monarquía inglesa, sueca, belga y neerlandesa, las que gozan de índices de popularidad que los parlamentos y los partidos políticos envidian. Esto se debe a una estrategia política que les permitió adaptarse a los cambios sociales, utilizar figuras populares y alejarse de la política partidista.

Desde esta perspectiva, las dinastías y la burocracia que les rodeaba entendieron que lo suyo ya no era una lucha por el poder político, sino mantener un estatus que permitiera sobrellevar las transformaciones democráticas. Por otra parte, las figuras de los políticos partidistas, los hombres de estado y los grandes conglomerados económicos, comprendieron que podrían sacar réditos de las figuras de los monarcas y sus familias, especialmente, para difundir la imagen de sus países, desplazados de las máximas esferas del poder mundial después de la primera mitad del siglo XX. En otras palabras, se han transformado en instrumentos privilegiados de la diplomacia dirigida hacia a la opinión pública internacional; es decir, a la diplomacia pública.

Resulta revelador que más allá del Brexit y la posible independencia escocesa, de la figura de Boris Johnson o de la campaña de vacunación contra la pandemia, el Reino Unido sea conocido por una serie televisiva sobre la familia real. Así, conforme avanzó el pasado y el presente siglo los Windsor se han convertido en un instrumento para la difusión de la imagen del Reino Unido en el mundo, a pesar de la debilidad relativa con que sus políticos han tenido que convivir luego de su etapa imperial. Esta estrategia en mayor o menor medida fue tomada por otras casas europeas, lo que junto con su popularidad garantiza su permanencia como parte de la realidad política de nuestro días.

* Académico e investigador Escuela de Relaciones Internacionales-UNA